

IV

Lector bondadoso: Ya conoces perfectamente la comunión acrática de nuestro amigo; le has oído expresarse; has visto salir la pasión de su palabra, llena de amor por sus ojos brillantes; pudieras, si eres exigente y puntilloso, pedirle concreciones, y acaso claridad en la enunciación del credo anarquista, pero nunca podrás—yo te lo garantizo—dudar de la fe y del entusiasmo con que profesa el culto de la Justicia y del Amor universal el romántico, joven, inteligente y bueno Ramón Aguilares.

Por entonces Ramón escribía un dietario. He aquí una de sus páginas. Se dice en ella la más sabrosa intimidad de su amor con

Lucía. Otra alma menos poeta que la de su autor no hubiera trasladado al cuaderno la impresión de esta manera:

Agosto, 10.

Ayer fué fiesta. Fué fiesta de Sol, de Sol de oro, de amores en mi alma, y fué fiesta en la suya. Ayer se hizo el oficio sacro en los altares gloriosos de su alma y de su corazón. Y la fiesta tuvo sacrificio pagano. Tuve en mis labios las mieles de los suyos ardiendo, y brillaban sus ojos con un brillo azulado de aceros nuevos, y su carne—«pan divino», dice un divino poeta—palpitó entre mis brazos anhelantes, tuvo el sublime estremecimiento, y se me dió...

... Después quedó en el césped como una figura que hubiera colocado un maestro del pincel para copiarla y llenarse de gloria.

Y su boca se abría en un florecer de flor roja ó en un triunfo de fruta dulce y apenas madura.

Ha comenzado el culto práctico de mi re-

ligión única: el culto de la Belleza y de la Natura. Porque sus carnes son bellas, turgentes y blancas, y la Naturaleza la ha hecho mujer.

Agosto, 17.

¡Oh, el asco de vivir esta vida, pisando inmundicia, habiendo flores! Ya sabe el pueblo que soy anarquista. Ya puede el pueblo execrarme por algo. Antes se me miraba como con extrañeza de no poder hablar de mí y arrancar mi piel á tiras por algo. O hablar de mí alabándome.

Aquí el delito es no dar motivo á mover la lengua. Se está más agradecido al que da al mercado de la murmuración una infamia, que al que tiene una vida de honradez, oscura y sin facetas. El último, como no da de voluntad asunto á la baba ponzoñosa, es criticado acerbamente por callado. Aquí no se escapa al escalpelo disector del pueblo.

Tengo que decir, rectificando:

Aquí todo es motivo de murmurar y car-

ne para hincar los dientes sucios y destilantes de la gente.

Lucía está enamorada de mí, que soy un «réprobo» y un «malo». Lucía me ha mostrado su espíritu superior.

Porque le ha zumbado al oído el abejorro negro de la insidia diciendo cosas sonoras, y ella le ha desatendido y atravesado, violenta, un manotazo de sus manos blancas. Lucía, un momento de la misa de nuestro amor, ha blasfemado piadosamente contra el abejorro, y á mi tono ha dicho una oración á la vida libre y bella.

Lucía, cuya alma femenina tenía algo de intrépida, se templó al trato de su amante. La cuerda sensible de su lira sentimental, vibraba intensamente inclinada al amor de los humildes, de los caídos. Todas las bienandanzas previstas por Ramón en su delirio constante, por un advenir equitativo, hallaron en el cerebro de la muchacha un rincón de grata hospitalidad, y á Ramón, la doble

conquista de aquel corazón y aquel cerebro niños, le tenía satisfechísimo.

El día que vió á su amante decidida á compartir con él el pan sabroso de la idea profesada noblemente, tuvo un verdadero regocijo. Fué bajo el sol de oro de una tarde espléndida. Ramón enardecido hizo un símbolo de sus labios y de sus ojos serenos y bellos, al hablarla de una bandera de amor y de un mañana de paz, y con vehemencia la besó los labios y la besó los ojos.

Ya en su casa, contento, con una íntima jovialidad que á él mismo extrañaba, inexplicable y buena, pensó en leer un libro de versos. Sacó del estante de su despacho una traducción de Carducci, cerró, atravesó la casa y se sentó en el balcón de la ancha sala, sin muebles, que daba al Mediodía, inclinado hacia atrás con la cabeza apoyada y el libro á la altura de la cabeza.

Al rato hizo una pausa. Era un momento de placidez un poco melancólica; se extinguía la risa del sol en las viejas torres; las chovas, esos pájaros negros que viven en algunas ciudades viejas, graznaban impa-

cientes en sus cúspides como si temieran la inundación suave de la sombra que se llegaba á sus patas.

Salía tranquilo, gris, transparente el humo de las chimeneas. Al Este, ya el incendio solar agonizante, no se denunciaba sobre los tejados de las casas. En la veleta de la más alta torre dejaba el último beso dorado el astro del día.

Los pájaros antes desazonados, tornáronse tranquilos; luego en una bandada negra se alzaron, orientáronse, y se dividieron en tres bandos...

41

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1825 MONTERREY, MEXICO

V

La convocatoria, que ellos mismos escribieron en grandes papeles rojos, decía secamente:

«Trabajadores: Se os invita al mitín que algunos elementos avanzados celebrarán mañana á las nueve de la noche, en el salón principal del café de***.

Expondremos nuestro credo de reivindicación, é indicaremos el único camino que, á nuestro parecer, puede llevarnos á un porvenir de Amor y Paz Universal.

Aun cuando esencialmente interesa á los obreros y demás clases proletarias, esta co-

33028

misión vería con gusto la asistencia de otros elementos, y admitiría la controversia.

Por el grupo,
RAMÓN AGUILARES.»

Y bajo la firma, la fecha.

El lector no tiene que ser excesivamente avisado, para comprender que «ellos» eran los seis ú ocho individuos que escucharon á Ramón pocas tardes antes en su misma casa, y que el mitin anunciado, aun cuando en los papeles rojos no se especificaba, era francamente, un mitin anarquista.

VI

En la sala alumbrada espléndidamente, abiertos sus huecos á la plaza ancha, sola y solemne, cruzada por el trazo blancuzco de la carretera, entre las paredes adornadas con una variedad profusa y barroca de gusto mezquino, se hablaba y se chanceaba á satisfacción de las cosas corrientes de la villa. Era la eterna canturria de murmuración y comentarios del mismo medroso color secular, que se enriquecía con una estrofa más, forjada dónde y como tantas y tantas otras se forjaron.

La casa de don Jerónimo era entonces el centro de estas tertulias nocherniegas, como otras veces lo era la casa de don Salvador,

que estos avellanados señores alternaban en el pacífico y sabroso goce de la vara caciquil. A don Jerónimo no le aconsejaban sus años la intromisión activa en la marejada, sucia y hedionda de la política local que tantos disgustos—al decir de él—habíale proporcionado en las largas y ya pretéritas temporadas de su vida, que mantuvo vivo el fuego de su entusiasmo por reventar á sus regidos desde el sillón de la alcaldía ó desde el más elevado, cómodo é inútil de la diputación de provincia.

Ahora nombraba los alcaldes, mangoneaba las elecciones y presidía desde la butaca muelle de sus tertulias, como éstas y sin don de ubicuidad, las sesiones municipales.

A duras penas se mantenía aquella noche el fuego sacro de la murmuración, del que eran vestales de los dos sexos las personalidades de más relieve del pueblo, y entre las que destacaba su opulencia de formas y buen ver, poniendo en los ojuelos de don Jerónimo un brillar de senil deseo, doña Elvira, la viuda consolada de aquel abogado que se malogró al comenzar de la mano me-

cénica del cacique el sendero que lleva al estadio donde asientan los claros prestigios locales, cuando de la puerta se alzó con la entrada y precipitado charlar de don Adelardo, el párroco de San Juan, un viento tormentoso de asombro y de indignaciones.

¡Ah, pero es que ellos no lo sabían! (El cónclave bisexual, sensato, católico á marchamartillo allí constituido, en aquel crítico momento no sabía nada).

A él no se lo habían dicho.

Lo había visto con el asombro de sus ojos bovinos, parados y tontos que ahora lucían con ira y hambre de represión inexorable.

Y se dirigía á Miguelito, el alcalde encasillado de don Jerónimo, á él, que tenía á veces coqueterías liberales, á él, que ahora sin salir de su asombro saltaba su mirada impaciente de semblante en semblante, y en todos encontraba otra interrogadora, de la misma índole, de inquietud y de impaciencia.

¡Por Dios, que hablara don Adelardo!

—¡Uy, que paciencia de hombre!—dijo, nerviosa, doña Elisita.

Y el cura, que nunca pensó en posibles contratiempos, transgresiones de la ley divina en él representada, sin costumbre de tropezar obstáculos en su ministerio de cazar almas con el anzuelo único de su misa diaria, mascullada automáticamente, con su evangelio recitado, llana, pedestremente recitado, pues no le llamó Dios—él lo reconocía—por otro camino de atraer ovejas al rebaño ó de retener las que ya tenían puesto en él, habló con sentimiento y no disimulada rabia. Al volver de dar el paseito ordinario, después de dejar en sus casas de la entrada opuesta del pueblo á dos de sus colegas, habían tropezado sus ojos estupefactos con los malditos carteles rojos.

—¡Un mitin, señores, en este pueblo tan tranquilo y tan, tan..!

Y que debía ser socialista ó más rabioso lo deducía él de lo mil veces leído en los periódicos católicos. Porque allí sonaba proletariado, elementos avanzados, reivindicación... que se yo... ¡Horrores! Y se contrajo su faz curtida y su boca pintó un rictus de repulsa y de execración.

Permanecía en pie, la capa replegada y abullonada sobre el costado izquierdo, accionando con la diestra al nivel de su frente, como si apartara una tentación ó un presentimiento fatal.

Y vino á su mente, unida al recuerdo del firmante de la convocatoria, la risa argentina, clara y subversiva de la muchacha que acompañaba á Aguilares aquella tarde de fiesta que se encontraron sus colegas y él con la pareja amorosa, feliz y contenta.

Don Miguelito, que no salía de su asombro, pensó un momento y ordenó ideas: «No podía ser. Hubiéranle pedido permiso. La ley de asociaciones y reuniones públicas —¿quién recuerda el artículo?—lo manda así.»

—¿Tenían sello los carteles, don Adelarado?—y saboreaba intimamente al preguntar, el éxito que alcanzaría sobre el sabiondo de Aguilares, ordenando inmediatamente que se arrancaran de las paredes.

—¡Pero, calla!—se interrumpió—. ¿Cuánto ponemos á que ese estúpido Leoncio...? ¡Oh!... ¡oh!... ¡oh!.. Ya caía...

—Esta tarde no he visto al secretario. Cuánto ponemos á que ese estúpido Leoncio ha estampado en mi ausencia el sello del Ayuntamiento en esa atrocidad.

Y en toda la reunión hubo un movimiento de protesta contra el secretario, el estúpido Leoncio—que dijo el alcalde.

Doña Elvirita, que al asombro acompañó de rabiosillos mohines y golpes nerviosos de su abanico cerrado sobre el borde de una mesita—bibelotero cargado de cachivaches—pensó si la familia de algunos de los organizadores de aquel conventículo de escándalo que había llevado la agitación á la tertulia tranquila y maliciosa de don Jerónimo, disfrutaría la prebenda semanal de pan, bacalao y patatas que donaba una de las piadosas sociedades que presidía—la de *San Vicente la del Ropero*—y al indignarse, mirando reprochadamente á don Miguelito por tener habituado al secretario á que corriera con todos los asuntos de puertas adentro del Consejo, fluía de toda su persona, agradablemente ajamonada, un hálito de feminidad deseable que hizo al señor de la casa y á

don Adelardo y al Sr. Martín, el notario, que era espectador discreto de la marejada, fijar sus ojos golosos en el seno redondo y treman-te, en el arranque de la garganta y en el muslo de la católica viuda, que se revolvió chillona en su asiento.

Doña Blasa, esposa de don Jerónimo, jadeaba su asma, malhumorada y despótica, aconsejando á los varones dureza y ningún género de transigencias, entre carraspeos y silbidos profundos de su pecho cascado.

El resto de la asamblea—el Sr. Martín, el matrimonio La Cuesta, ricachón y estupidamente ordenado, frío y calmoso—asintió con frases cortas y monosílabos.

Don Jerónimo, al consultar el reloj, impertérito, que contaba solemne los minutos de duración de la zambra, en su caja poligonal y recargada de dorados, ver que era tarde y cerciorarse de ello por un airecito que se entró desvergonzado por el balcón de la sala, agitando los ricillos de la viuda, haciendo destoser á la caciquesa y moviendo el manto largo, que no se quitaba por nada de este mundo la de La Cuesta, resu-

mió sentencioso y confiado en su alto poder:

—Caballeros; mañana será otro día.

Y todas las visitas se dispusieron á las despedidas. En el fondo del pasillo semi-oscuro, una criada esperaba con una luz, para precederles en la escalera.

—¡Adios!

—¡Hasta mañana!

—¡Si Dios quiere!

—¡Descansar!

—¡Muy buenas!

—¡Adiós!

Y desfilaron. En la penumbra del pasillo, don Adelardo restregó hábilmente, como al descuido, la palma de su mano anhelante por los gluteos poderosos de la viuda.

La noche, que era de las primeras de septiembre, se ponía fresca. Apretaron el paso hacia sus casas: doña Elvirita, acompañada de su fiel sirvienta y del matrimonio de La Cuesta; los hombres se disgregaron. Don Miguelito iba de un humor de mil demonios.

Las pisadas resonaban secamente; la noche era clarísima, silenciosa.

A la mañana siguiente, cuando supuso que ya estarían los empleados en el Ayuntamiento, se dirigió á él don Miguelito. A dos pasos de la puerta, en la misma fachada de su casa, como un desafío, la nota violenta de color de las convocatorias subversivas, le exasperó de nuevo. Hubiera, á trueque del ridículo, sacado una escalera, y por su propia mano la hubiera hecho jirones. Pero no; había que obrar con aplomo, aparentando una indiferencia y una tranquilidad, que estaba, muy lejos de su espíritu. Iría al Ayuntamiento, vería al secretario, al secretario imbécil que le ponía en un brete; hablaría después con don Jerónimo; se pensaría, ó de plano, se prohibiría el acto.

Barajando éstas y otras ideas, don Miguelito cruzaba la plaza. Era día de mercado; las tiendas habían abierto sus puertas, y en un buen trecho delante de éstas, un muchachuelo, el chico, había tejido caprichosamente un complicado encaje con una pequeña regadera ó sencillamente con un bote cónico, orificado por el vértice, en el piso de *portland*; de unas puertas á otras

los dependientes charlaban bromeando, y á veces, después de lanzar una mirada de precaución y asegurarse, una pareja salvaba de cuatro saltos la distancia que les separaba de una casa blanqueada, limpia, con una espesa rama de pino colgada sobre la puerta, y desaparecían en el fondo tras una cortina roja. Un momento después salían, también corriendo y limpiándose los labios.

En dos filas paralelas, frente á un sórdido edificio de ancha puerta de marco de piedra, con esta inscripción en letra negra: «Fielato», formaban acurrucadas, friolentas, hasta docena y media de mujeres, viejas las más, embutidas en anchas banastas, rodeadas de verduras y hortalizas de todas clases. Muy cerca de estas extrañas mujeres, enormes y oscuras gallináceas incubantes, las «tablas» llenas de carne sangrando, colgada de garfios, ó rebosando por los bordes su palpitante masa roja, servían de apoyo á los cortadores de mandil blanco, brazo remanado y pelo peinado gitanamente.

A ambos lados de la carretera, los más madrugadores carros forasteros, repletos de

cereales, iniciaban la línea, desengachados y con los costales de muestra reclinados sobre el fuerte yugo. Sirvientas jacarandosas y repeinadas, á despecho del madrugón, esquivaban el pellizco del hortera, ó contestaban prestas al donaire malicioso, y de vez en vez, el extraño vocear original y arcaico, de un chiquillo vendedor de churros y buñuelos, rasgaba el aire matinal, transparente y grato, mientras el sol encendía, pródigo de brillares, los aleros de las tejas y las veletas de las torres.

Dejada atrás la plaza, don Miguelito atravesó el Arco de la Cárcel, y á los pocos pasos enfrentó con la Casa Consistorial. Antes de llegar á ella se encontró á un alguacil de lustroso uniforme azul, gorra galoneada y bastón de borlas, que se le acercó ceremonioso y servicial.

Preguntó al humilde funcionario si estaba don Leoncio en la oficina, y contestó aquél afirmativamente.

—¿Se le ofrece algo al señor Alcalde?— preguntó al separarse.

—Nada—contestó secamente.

Y el alguacil saludó correcto, y se fué á la plaza del Arrabal.

Atravesado el patio, que se extendía ante la escalera del Concejo, don Miguelito salvó ésta de dos saltos, y cruzado un pasillo ancho, de hermosa luz recibida del patio y tamizada en las ventanas por el encaje de verdor de una parra secular, con cuadros antiguos, representando escenas religiosas, en la pared opuesta, seguida, sin huecos, se encontró frente á don Leoncio Garzón, el secretario.

Al saludo de Garzón, cumplido, oficioso, de inferior gerárquico contento de su gerarquía, ni contestó el Alcalde que, súbito, le espetó esta rociada:

—Caballerito, ha sido usted el que puso el sello á esos papeles que hay en todas las esquinas, ¿verdad?... Bien, bien.... y usted no sabe que además de salirse de sus atribuciones, me ha puesto en ridículo, permitiendo que aquí, en este pueblo, se celebren reuniones de esa clase ¿eh...? ¿Cuánto ponemos?—y soltó la muletilla.

El secretario estaba anonadado. Don Mi-

guelito recargaba el valor de las frases, dándolas una terminación especial de acento, y ciñendo su americana por los bolsillos á intervalos, y con los brazos casi en jarras. Garzón, hombre pobre de espíritu, y sin gran malicia á pesar de sus muchos años de cargo, no sabía casi disculparse:

—Ellos, Aguilares y Joaquín, vinieron con la solicitud de permiso en forma, trajeron las convocatorias. Como usted no estaba ni en su casa, ni en el pueblo... porque había usted salido, y como no supuse que usted se enfadaria... y como traían las cosas en forma... Me exigieron recibo y como usted siempre ha hecho confianza....

Don Miguelito no tenía derecho moral á protestar; resopló inquieto, y pensó después de mirar de mala manera á aquel hombrecillo enteco, desmedrado, de calva algo ridícula y mirada inteligente, que se resguardaba bajo un traje recosido y curioso, en no permitir que se celebrara la reunión anarquista.

Fué al estante que corría por todo lo ancho de una de las paredes de aquella habi-

tación, habilitada de Secretaría, y buscó un momento sin resultado alguno; mandó al secretario que le leyera la solicitud de aquellos «badulaques» «niños sabios»; lo hizo éste con voz temblona, y el Alcalde se dió cuenta. No había salida. El artículo que mencionaban los firmantes—le leyó, por primera vez—les autorizaba libremente para celebrar reuniones políticas. El Alcalde—por él el estúpido de Leoncio—y le miró fiero—había acusado recibo. No había salida.

¿Y hacer una alcaldada?

VII

La reunión se celebraría aquella noche. Aguilares transmitiendo á ésta su fuego, ardía de entusiasmo en casa de su amante. Se veía en la sala, llena, desbordantes los corazones de fe en la Nueva Porvenir que él anunciaría clara, bellamente, convenciendo con la sola enunciación de su credo, sin acudir al relumbrón de la retórica de que tanto abusan los falsos apóstoles, los vividores de la política—de cualquier política—aquellos señorones que mendigan rastreramente el sufragio para bullir, pactar lejos de la miseria de sus electores, enriquecerse y conquistar nombre.